

EDITORIAL

Al arribar al No. 13 de *Dikaiosyne* es tiempo de preguntarse: ¿Tiene responsabilidad el filósofo en los tiempos de crisis? Para abordar este asunto tenemos que preguntarnos de qué crisis se trata. La palabra crisis deriva del griego «krisis», y significa *separación, juicio*. En este sentido usó Kant la palabra para examinar dentro de qué límites pueden ejercerse legítimamente las ejecutorias del entendimiento humano. Crisis también significa desenlace, disputa. Posiblemente, por una extraña analogía pasó al campo de la medicina para referirse al momento de manifestación aguda de una afección orgánica. En un sentido más general, la palabra se usa para designar un momento decisivo y peligroso en la evolución de las cosas y situaciones: falta, carencia escasez —dicen los diccionarios—. Creo que en este último sentido es que se está usando la palabra cuando se habla de «tiempos de crisis». Tiempos malos. Tiempos de un no saber a qué atenerse, en donde los índices de peligrosidad se agigantan. Peligros de toda índole que comprometen nuestra realización como personas y conducen al resultado de una sociedad infeliz.

Si bien vemos, tiempos de crisis ha habido todo el tiempo. La Historia es un registro insondable de hambrunas, de pestes, de persecuciones y violencias de toda índole. La historia del hombre es una historia de la crisis. Los filósofos, aparte de sus preocupaciones teóricas y estéticas, no han hecho otra cosa que indagar sobre el porqué de las crisis y proponer soluciones: desde no apetecer nada —Buda—, pasando por la República platónica y las otras utopías, hasta la «utopía científica» de Engels y Marx.

Si la crisis es carencia, entonces la crisis es del hombre por esencia. El hombre es un ser menesteroso: nada de lo que necesita le es dado. El becerro nace, se para y mama, y empieza a cumplir su destino. Al hombre no sólo nada de lo instrumental le es dado, sino que, además, parece estar hecho de un barro tan raro que homogeneizarlo sería pura tarea de santos. El hombre es, pues, sinónimo de crisis. Vivir y sufrir es un mismo fáctum que se dice con dos palabras. Sin embargo, hay crisis de crisis. El griego antiguo sufría pero contaba con el favor de los dioses. El hombre del medioevo sufría pero estaba seguro de que, cumplido su paso por el mundo, gozaría de la gloria eterna. Después de Descartes el hombre siguió sufriendo pero la Razón le garantizaba no sólo la certeza del conocimiento sino el goce de toda clase de bienes. El hombre de

hoy sufre y, encima de eso, no tiene ninguna garantía ni certeza: ha perdido la fe en la ciencia, en las instituciones y en sus semejantes.

Ciertamente, aparte de esa ‘crisis esencial’, esta época actual es asombrosamente miserable a escala planetaria: los menos fuertes sufren la voracidad y la furia implacable de los más fuertes. En el ámbito nacional, pasando por todas las ‘repúblicas’ —desde la primera hasta la quinta— la «justicia distributiva» ha operado solamente en las élites gobernantes, y al pueblo solo le caen las sobras y las cargas. Mientras la gente más trabaja, más lejos se le trasponen las cosas imprescindibles para una vida decente. El soborno, la malicia, la picardía, la trampa y el chantaje han sido la norma del día. La bondad, la responsabilidad, la disciplina, el cultivo de lo bello, del amor y otros altos ideales (pilares de cualquier construcción social) es tarea de tontos, de gente fracasada. Los mejores son los peores y los peores son los mejores. Quienes siempre han accedido a las situaciones de poder son, por lo general, los peor educados y con instintos peores. Todavía no se tiene una entera conciencia de que quienes gobiernan son modelos que el pueblo tiende a imitar. Creo que el mal ejemplo es una de las causas de la crisis. Lo deshonesto es una parte natural de esa ala oscura del hombre, pero gracias a la educación, siempre se mantuvo dentro de unos límites tolerables. Hoy los límites están rotos.

¿Tiene el filósofo responsabilidad en los tiempos de crisis? Yo creo que la tiene todo el tiempo. Desde la alegoría de la caverna platónica, pasando por la Ilustración hasta Andrés Bello y otros notables pensadores, la idea que ha prevalecido es que el filósofo no debe contentarse con saber, sino que además debe comunicar sus saberes, no quedarse contemplativamente en la mera especulación. La construcción de un mundo mejor ha sido un propósito perseguido por la mayoría de los sabios que se han sucedido después de Sócrates y Platón, aunque los hechos parecen demostrar que han sido más fecundas las ideas de los que han propalado lo ‘relativo’, o el así llamado ‘pensamiento blando’ que no es otra cosa que andar y dejar que el mundo ande al garete sin son ni ton, dejando así el paso libre para que el pragmatismo recio imponga sus hegemonías.

El filósofo sí está llamado a poner los fundamentos para una reconstrucción social. Y muy especialmente en el ámbito de la educación. Una educación vigorosa que apunte siempre hacia lo diverso y hacia la libertad. Una educación que destierre definitivamente la perversa tendencia a ponerle uniforme y color a nuestras maneras de ser y de pensar.

Margarita Belandria